



**Discurso del Presidente Federal, Frank-Walter Steinmeier,
con ocasión del viaje de encuentro
con el Cuerpo Diplomático
a Renania-Palatinado
el 18 de septiembre de 2019**

Renania-Palatinado, el Hunsrück y el Mosela son zonas muy bellas de Alemania. En caso de que aún no se haya corrido la voz por el mundo, esto es algo que cambiará como muy tarde a partir de mañana. Pues aún lo recuerdo como el pan de cada día de la diplomacia en mi época como Ministro de Relaciones Exteriores: el cable diplomático... Mañana a primera hora, apenas lleguen a Berlín, los Embajadores y Embajadoras enviarán cables diplomáticos por todo el mundo informando del Hunsrück y sus colinas y del curso serpenteante del Mosela.

Por eso también aprovecho hoy para agradecerle personalmente su amable hospitalidad.

Distinguido Señor Nuncio, honorables Señores Embajadores, honorables Señoras Embajadoras:

Hoy pueden olvidarse de cables diplomáticos.

Para mí, nuestro viaje supone una excelente ocasión para entablar conversaciones con ustedes dejando a un lado el protocolo. Cuando nos reunimos por actos oficiales, con motivo de su acreditación o en la recepción de Año Nuevo en el Palacio de Bellevue, todo es más formal: chaqué, desfile, ya saben.

Hoy hacemos una pequeña excursión en barco en buena compañía. Kurt Tucholsky, Karl Marx y Johann Wolfgang von Goethe escribieron sobre sus vivencias dentro y fuera del Mosela, a menudo inspirados por una, dos o tres copas de vino de la region.

En 1792 Goethe pasó río abajo por Traben-Trarbach a su regreso de Francia. Era de noche y se desató una fuerte tormenta. El príncipe de la poesía, temiendo por su vida, escribió:

“No ocultaba el patrón su inquietud; iba en aumento el apuro, según se prolongaba y tocaba su colmo, cuando el buen hombre aseguramos que no sabía dónde estaba ni adónde debía enderezar el rumbo.”

Me quedé con esta frase de que el patrón “no sabía dónde estaba ni adónde debía enderezar el rumbo”.

Una constatación que no nos es desconocida. Nuestro mundo cambia, cada vez más rápido, de forma cada vez más sustancial. Perdemos de vista la tierra firme, las viejas creencias del orden internacional se desvanecen. Nos azotan las tormentas de las crisis internacionales, y las olas dan contra la barca de nuestra comunidad, llegando hasta el interior.

Yo, como Presidente Federal, y quizás también ustedes como diplomáticos y diplomáticas, responsables de la coexistencia de los pueblos, últimamente nos preguntamos a veces: ¿Dónde estamos y adónde enderezamos el rumbo?

En lo que a mi país, Alemania, se refiere, aquí en Renania-Palatinado, en la región del Hunsrück y del Mosela, se han sucedido muchas tormentas, muchas transformaciones y amaneceres de la Historia alemana. Esperanzas que florecen y que se marchitan, recesiones y recuperaciones, reveses y rodeos, cambios estructurales y nuevos comienzos.

No lejos de aquí, en 1832 miles de personas se concentraron en el Palacio de Hambach para reclamar libertad y democracia. Karl Marx, hijo de Tréveris, describió cómo después la represión y la Restauración causaron estragos y cómo los viticultores del Mosela padecieron la opresión y la arbitrariedad de las autoridades. Las malas cosechas y el hambre empujaron a muchos de ellos al éxodo.

El gran director cinematográfico Edgar Reitz realizó un monumento cinematográfico dedicado a estas transformaciones y amaneceres sucedidos en la región del Hunsrück con su trilogía “Heimat”, una formidable cronología que abarca desde mediados del siglo XIX hasta la caída del Muro. Se la recomiendo a toda aquella persona que intenta comprender esta región y sus gentes.

¿Y en la actualidad? En la actualidad, indudablemente la democracia, incluso en Alemania, no está asentada sobre unos cimientos eternos. Las transformaciones políticas, sociales y tecnológicas, como las que Edgar Reitz ilustra de manera meticulosa durante décadas, las vivimos hoy en día prácticamente a cámara rápida.

También percibimos cómo esas transformaciones y fuerzas centrífugas sacuden al mismo tiempo nuestra democracia. Así es, no solo las certezas en materia de política exterior se han vuelto inciertas, sino también algunas cuestiones internas, cuestiones relacionadas con

la constitucionalidad de la democracia y del Estado de Derecho, cuestiones que realmente considerábamos resueltas desde hace tiempo, ahora se plantean de nuevo.

Estoy convencido de que no debemos tener miedo ante cuestiones de tal calado. No podemos ignorar las críticas ni tampoco dejar de lado a los frustrados y a los enfurecidos. Sino que debemos aprender, también en Alemania, a luchar de nuevo con convicción por la democracia y no permitir que quienes la combaten se hagan con el espacio público. Y debemos, además, hallar nuevas respuestas donde las anteriores, a todas luces, ya no valen.

En mi opinión, mantener un intercambio abierto y aprender de los demás forma parte de este proceso. En la primera mitad de mi mandato he visitado países de distintas partes del mundo que están despegando, que llenan de esperanza, que —en medio de todas las crisis y transformaciones mundiales— emprenden nuevos caminos, sus propios caminos hacia el futuro. En Etiopía y Ghana, en Ecuador y Uzbekistán, en Islandia y Nueva Zelanda, entre muchos otros que podría continuar enumerando.

He conocido nuevas respuestas y otras respuestas, respuestas a cuestiones sobre política exterior, sobre retos sociales, respuestas a las preguntas abiertas relativas al futuro de la democracia. Estoy profundamente agradecido por estas impresiones, e intento compartirlas también con la población de Alemania, para que —en medio del aluvión de noticias aterradoras que nos llegan cada día a través de la televisión— se inspire y se deje contagiar por esas historias de despegue y renovación.

Excelencias, Señoras y Señores:

“No man is an island, / entire of itself”, escribió un poeta inglés en el siglo XVII, “Ningún hombre es una isla entera por sí mismo”.

Por analogía puede afirmarse: Ningún país es una isla, por mucha agua que tenga a su alrededor. Nuestro mundo está interconectado, entrelazado, y dependemos enormemente los unos de los otros.

Ya en el Congreso de Viena se había obligado a los países a orillas del Rin a establecer una regulación conjunta del tráfico de embarcaciones.

A lo largo de los siglos, las grandes corrientes funcionaron en Europa como nexos de unión entre principados, imperios y reinos: el Rin, el Danubio, o el Niemen, que en lituano recibe el nombre de “Nemunas” y en bielorruso, “Njoman”.

También en un río y en una pequeña embarcación del Mosela firmaron en 1985 cinco Estados miembros de la UE el acuerdo de Schengen. Esa travesía histórica por el Mosela trajo consigo la libre

circulación de personas y mercancías e hizo que los límites fronterizos de Europa pasaran a ser historia.

Pero ese no fue precisamente el final de la historia. Hoy en día percibimos cómo la idea de la utilidad y el valor de las interdependencias mundiales, de la cooperación y del orden común basado en normas se ve comprometida e, incluso, cuestionada.

En la actualidad, el guardián del orden mundial al que estamos acostumbrados rehúye de la carga que supone tal responsabilidad. Un mundo sin guardián era precisamente el título de un artículo del politólogo alemán Münkler publicado recientemente en el diario Der Tagespiegel. El ascenso de nuevas potencias con sistemas políticos muy distintos conduce a una nueva pugna entre potencias. Todos notamos que las placas tectónicas del orden mundial están en movimiento, sin embargo, todavía no se distingue claramente un nuevo orden.

Considero que si no solo queremos sufrir el nuevo orden mundial, entonces es preciso que todos mostremos confianza y voluntad de emprender acciones. También por parte de Alemania.

Precisamente por ello, como comunidad internacional, debemos mantener el diálogo. En nuestros intercambios de pareceres no todo debe girar en torno a llevar la razón. Ni en torno a establecer diferenciaciones, exclusiones o encasillamientos del tipo: "Vosotros sois de esa manera, nosotros somos de esta otra manera". Sino que precisamente en medio de las tensiones, precisamente en vista de nuestras diferencias, ahí es cuando el diálogo puede resultar constructivo.

Ustedes, estimados Embajadores y Embajadoras, abogan por el diálogo, por abrir canales entre Berlín y las capitales del mundo. También por ello quiero expresarles mi sincero agradecimiento.

Este diálogo nos ofrece a todos un horizonte abierto. De manera parecida concluye también la noche de tormenta de Goethe en el Mosela. Cito textualmente: "Vémonos zarandeados largo rato acá y allá en la más absoluta tiniebla, hasta que, finalmente, ofreciéosenos allá a lo lejos una luz y con ella un motivo de esperanza. Entonces empezamos a timonear y remar en aquella dirección sin descanso."

Excelencias, distinguidos invitados e invitadas:

La Historia no es un río largo y tranquilo. Su curso no viene previamente marcado, sino que avanzamos hacia aguas abiertas y desconocidas. Pero a lo lejos hay luz. A lo lejos hay esperanza.

Así lo he podido percibir en repetidas ocasiones en muchos de sus países, por lo cual estoy agradecido. Y aunque avanzamos hacia aguas abiertas, el timón está en nuestras manos.

Muchas gracias.